

PREMIADOS

Narrativa Joven

"EVARISTO
BAÑÓN"

Tercer
CONCURSO

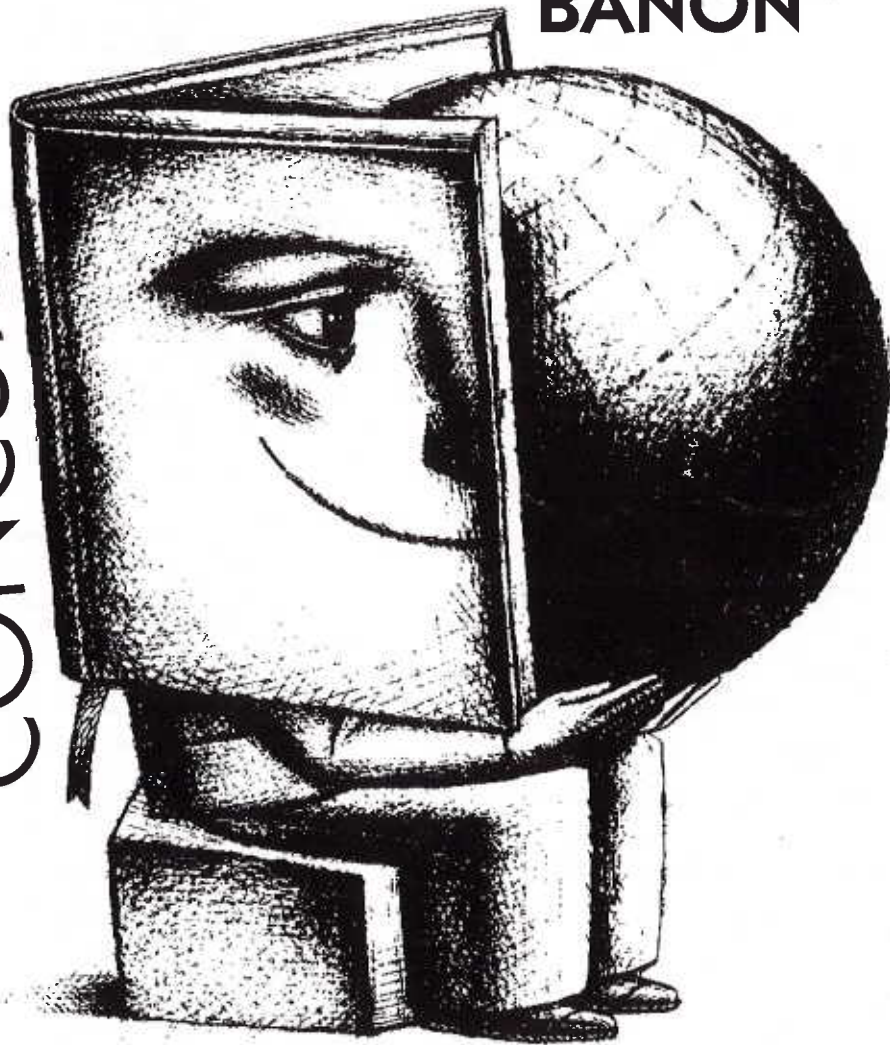


Ilustración: DELIBROS. Junio 1997

Organizan: BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL
y CASA DE CULTURA



Colaboran: COLEGIOS "ALCAZAR Y SERRANO", COLEGIO N.º 2 y COLEGIO N.º 3,
"AMOR DE DIOS", INSTITUTO DE ENSEÑANZA SECUNDARIA y A.P.A.S.

Caudete 1.999

ENVOLVENTE

ERAN LAS OCHO
DE LA MAÑANA

LAS RAÍCES
DEL CARINO

LA METAMORFOSIS
DEL REY

VIAJE
A LA FANTASIA

LA HUELGA
DE LAS FRUTAS

EL SECRETO
DEL RATONCITO PÉREZ

CONCURSO DE NARRATIVA JOVEN "EVARISTO BAÑÓN" 1.999

LISTA DE PREMIADOS

<u>Premio</u>	<u>Nombre autor/a</u>	<u>Título obra</u>
	CATEGORÍA A	
1.º	RICARDO MOLLÁ ALBERO	El secreto del ratoncito Pérez
2.º	Ana Gracia Bañón Navarro	El viejo reloj
3.º	Manuel Sánchez Martínez	El perro abandonado
	CATEGORÍA B	
1.º	MARI TRINI GIL SÁNCHEZ	La huelga de las frutas
2.º	Rosabel Sáez López Navarro	La perrita de María
	Alba Torres Martínez	Lucía es la mejor
3.º	Gracia M.ª Domenech Vicente	El misterio del castillo
	CATEGORÍA C	
1.º	PABLO BAÑÓN NAVARRO	Viaje a la fantasía
2.º	Isaac Espinosa Mesa	El diente aburrido
3.º	Gloria Sempere Figuérez	Un viaje diferente
	CATEGORÍA D	
1.º	IGNACIO BAÑÓN NAVARRO	La metamorfosis del Rey
2.º	Paola Rodríguez Albero	El indio vagabundo
3.º	Cecilia Requena Requena	Los rabos de rata
	CATEGORÍA E	
1.º	NATALIA CUENCA CONEJERO	Las raíces del cariño
2.º	Inmaculada Agulló Benito	Mi mejor recuerdo
3.º	Celia Muñoz Cantero	Viaje a la verdad
	CATEGORÍA F	
1.º	VICENTA CLEMENTE MICÓ	Eran las ocho de la mañana
2.º	Magdalena Tecles Trincker	Después o quizás mañana
3.º	María Martínez Conejero	Recuerdos de un verano
	CATEGORÍA ESPECIAL	
1.º	JULIO GONZÁLEZ CURIEL	Envolvente

Categoría A

ENVOLENTE

ERAN LAS OCHO
DE LA MAÑANA

LAS RAÍCES
DEL CARINO

LA METAMORFOSIS
DEL REY

VIAJE
A LA FANTASÍA

LA HUELGA
DE LAS FRUTAS

EL SECRETO
DEL RATONCITO PÉREZ

EL

secreto

del

raton CITO

PEREZ

Ricardo Mollá Albero

Érase una vez un niño que se llamaba Javier y se le movía un diente. Él se creía que no existía el Ratoncito Pérez, pero si se creía que sus padres le ponían el dinero. Su madre y su padre le decían ¿te quitamos el diente? Se lo preguntaban una y otra vez. Se me caerá solo.

Y cuando estaba subiendo las escaleras vió que se le caía el diente. - ¡Mamá se me ha caído el diente! - Y también gritó a su padre. - ¡Papá se me ha caído el diente !.

- ¡Venga vete a dormir!

Pero el niño no quería dormirse. Y su madre le dijo:

- ¡Te lo pido por favor, vete a dormir! Y se fue a dormir y se metió en la cama y puso el diente debajo de la almohada. El niño quería averiguar si existía el Ratoncito Pérez. De repente apareció el ratoncito.

Javier tenía miedo de los ratones. Pero luego vió que no le hacía nada. Entonces Javier no tenía miedo y habló con el Ratoncito Pérez.

El ratón le dijo: - ¿Quieres que te diga un secreto?

- Estupendo.

- Te voy a llevar para que veas que hacemos con los dientes.

Y entonces el Ratoncito Pérez y Javier se fueron al sitio que decía el ratoncito.

Javier preguntó a Pérez:

- ¿Está lejos?

- ¡Qué va! si está en tu habitación.

- Venga vamos.

- Por fin hemos llegado. Mira por la puerta.

Y Javier miró y dijo: - ¡Qué chuli! ¿Se puede entrar?

- No pero si ver que hacemos con los dientes.

- ¿Pérez como puedo ver que hacéis con los dientes?-

- Te saco las cosas que hemos hecho con dientes y las ves.

- ¡Vale!

- Primero una silla hecha de dientes.

- ¡No, no puede ser!

El Ratoncito Pérez se metió en la puerta y se la enseñó.

- Que chuli, ¿la puedo tocar?

- No que se destroza.

El Ratoncito Pérez le acompañó a su cama y se acostaron juntos. Yo no le tenía miedo.

Ya se ha hecho de día.

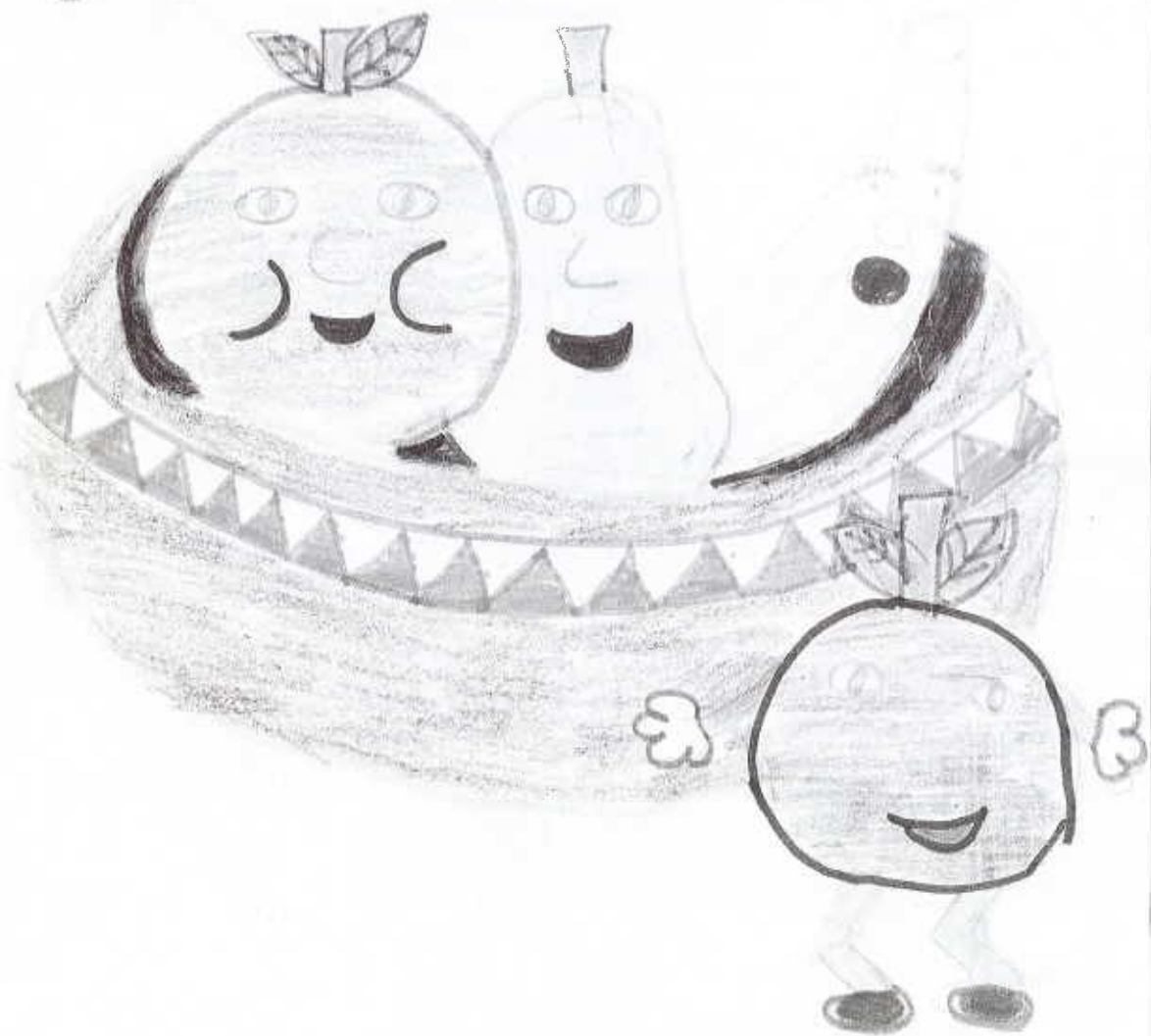
A la noche le dijo su madre: - Vete a tu cama. Y él inmediatamente se fue a dormir.

Cuando llegó le esperaba el Ratoncito Pérez. Y durmieron felices.



Categoría B

LA HUELGA DE LAS FRUTAS



Mari Trini Gil Sánchez

Había una vez, una familia que vivía en el campo, en una casa de madera.

Tenía un huerto con muchas frutas que siempre ponían en un frutero encima de la mesa.

Un día de invierno, frío y nuboso, le ofrecieron al padre un trabajo en la ciudad, por lo cual se fueron a vivir allí. Por la tarde la mamá pasó por un supermercado que era grandísimo. Al entrar se encontró con una vieja amiga y le preguntó que donde estaban las frutas y esta amiga que estaba un poco gorda de más le dijo: Chica pero aún comes fruta, si eso ya no se lleva. Ahora hay unos pasteles buenísimos, pruébalos y verás como te gustarán. La mamá decidió hacerle caso, y al probarlos sus hijos, les gustaron tanto que dejaron de comer fruta y la fruta que quedaba en el frutero se estaba pudriendo.

El frutero les dijo a las frutas: - No sé, yo de vosotras pensaría algo para que esta familia comiera fruta y dijo el plátano que era canario: - Si que es verdad, tenemos que hacer algo, porque tú mírate pera, con esa cara de pera que tienes sólo te faltaba ponerte amarilla.

Naranja: - Yo lo que no entiendo es como no me comen a mí con tantas vitaminas que tengo.

Manzana: - Ni a mí tampoco y eso que dejo los dientes mas blancos que la pared.

Entonces todas las frutas del frutero, al ver que se estaban pudriendo decidieron hacer algo, pero no sabían qué.

Pasó un rato y la manzana que veía mucho la tele dijo:

Manzana: - Podemos hacer una huelga como la que salió ayer en la tele.

- Buena idea a ver si los convencemos de comprar fruta. dijo la mandarina.

Al salir toda la familia de trabajar y llegar a casa las frutas empezaron a decir: Come mucha fruta es muy sana y natural. Come, come, come te va a beneficiar.

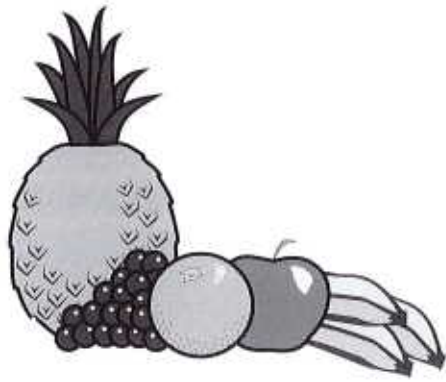
Manzana: - Come una manzana y verás que rica está y además

tus dientes limpiará.

Naranja: - Ahora que es invierno exprime una naranja bebe mi zumo y no te costiparás.

La familia se rió tanto con las frutas que decidieron hacerles caso y volvieron a comer fruta porque como ellas dicen es muy sana y natural.

Y como dijo don Pepín este cuento llegó a su fin.



Categoría C

**VIAJE
A LA
FANTASÍA**

Pablo Bañón Navarro

ENVOLVENTE

ERAN LAS OCHO
DE LA MAÑANA

LAS RAICES
DEL CARINO

LA METAMORFOSIS
DEL REY

VIAJE
A LA FANTASÍA

LA HUELGA
DE LAS FRUTAS

EL SECRETO
DEL RATONCITO PÉREZ

Aquella tarde, Ricardo iba de camino hacia la escuela hablando con su amigo Aurelio de los deberes que les pondrían para las vacaciones de Navidad. Ya en la clase, les dijo la maestra que tenían que leer un libro. A Ricardo le pareció que leer un libro era una tontería, un aburrimiento, él prefería ver la tele y jugar a los videojuegos. Los libros le parecían cosa de mayores.

Como en su casa no tenía ningún libro, esa misma tarde fue a la librería de su barrio. De todos los libros que había el que más le gustó fue uno titulado "Sucesos extraños", que al parecer era de terror.

Era una tarde fría de otoño, caía una lluvia intensa y la calle estaba solitaria. Había un viento huracanado que arrancaba las hojas de los árboles y movía las veletas que daban vueltas como locas.

Por la noche Ricardo no cenó, se fue temprano a dormir. Ya en la cama se decidió a abrir el libro que había comprado. Comenzó a leer las primeras líneas con bastante desgana y... ¡de pronto! algo le envolvió trasladándole a otro mundo. Al principio tuvo miedo, pero luego pensó que era mejor mantener la calma y no ponerse nervioso. No sabía donde estaba, aquel lugar no se parecía a nada que él hubiese visto antes. En aquel momento alguien le tocó por detrás, al girarse vio la imagen borrosa de un niño con cara pálida y asustada que le preguntaba quien era con una voz terrorífica. Al cabo de un rato, Ricardo cayó en la cuenta de que esa cara le resultaba familiar. Era la de su amigo Aurelio. A Aurelio le sucedió lo mismo y al comenzar a hablar comprobaron que habían comprado el mismo libro y esto les dió una posible explicación: habían entrado en el mundo de la fantasía y en un lugar que les causaba terror. Los árboles tenían caras tristes y a lo lejos se veían monstruos comiéndose animales, fantasmas, brujas, zombies, hombres lobo... y toda clase de bichos raros, aunque ninguno de estos personajes parecía darse cuenta de que ellos estaban allí. Había luna llena, el cielo relampagueaba y se oían aullidos de lobo. Esto les pareció mejor que las películas de terror que estaban acostumbrados a ver en la tele.

Como fuese querían salir de aquél espantoso lugar. Comenzaron a correr alocadamente, sin rumbo. Poco a poco se fue haciendo de día. Una potente luz provenía desde detrás de una especie de barrotes que les rodearon de pronto como si se tratara de una cárcel. Aquellos barrotes se fueron haciendo más pequeños hasta convertir el lugar en una cárcel llena de telarañas. Allí se encontraron con un

hombre viejo y barbudo, con muchas arrugas, el cual les contó que en ese lugar estaban presos todos los que por no leer habían perdido la imaginación. La condena era el aburrimiento. Los niños no entendían nada. A las pocas horas de estar allí ya no sabían lo que hacer, el aburrimiento era absoluto. Entre bostezos sólo pensaban en la forma de escapar. La única alternativa era cortar los barrotes de las ventanas con una lima que alguien quizá como ellos había dejado allí. Al ir a cogerla cayó al suelo un papel en que podía leerse:

“SÓLO SALDRÉIS DE AQUÍ, SI SOIS CAPACES DE INVENTAR UN FINAL DISTINTO PARA UN CUENTO QUE CONOZCÁIS. ÚNICAMENTE ESO OS SALVARÁ DEL ABURRIMIENTO”.

Los niños no hicieron caso y justo cuando iban a empezar a limar los barrotes, la lima se convirtió en polvo. Comprendieron entonces que aquello iba en serio. Jamás saldrían de aquella cárcel sin cumplir la condena. Estuvieron pensando en cuentos, pero como no leían no se acordaban de ninguno. Echaron de menos aquellos libros de la Biblioteca que nunca habían mirado y que con tanta afición leían sus amigos.

Pasaron días y días y... Al fin Aurelio recordó el cuento que su padre le contaba cuando era muy pequeño: “El Flautista de Hamelín”. Entre los dos lograron reconstruirlo. Se inventaron un final en el que los habitantes de Hamelín se marchaban a otro lugar y el flautista y las ratas se quedaban en el reino adueñándose de él, convirtiéndose las ratas en músicos de una gran orquesta. Seguidamente lo dijeron en voz alta y una de las paredes mágicamente se abrió. Salieron a toda prisa por un pasadizo y de pronto el suelo se rompió cayendo por un tobogán interminable.

Cual fue su asombro al aparecer en una especie de aeropuerto solitario, lleno de salas con un cartel que anunciaba: “Viaje al mundo real”. Se encontraron con una azafata (que era el bicho más raro que jamás habían visto). Al preguntarle por el precio del billete, les contestó que el pasaje era gratis y que el avión salía dentro de cinco minutos. Nada más subir se quedaron profundamente dormidos y se despertaron en su casa con el libro entre las manos.

Aurelio y Ricardo nunca pudieron explicar lo que les había pasado, pero a partir de aquel momento se hicieron grandes lectores y no volvieron a saber lo que era el aburrimiento.



Categoría D

**LA
METAMORFOSIS
DEL REY**

Ignacio Bañón Navarro

ENVOLVENTE

ERAN LAS OCHO
DE LA MAÑANA

LAS RAÍCES
DEL CARINO

LA METAMORFOSIS
DEL REY

VIAJE
A LA FANTASIA

LA HUELGA
DE LAS FRUTAS

EL SECRETO
DEL RATONCITO PEREZ

A mediados del siglo XI, en un gran castillo cerca de Alemania, vivía un rey junto a una suntuosa corte. Físicamente era de compleción recia, de mediana altura, sobresaliendo a primera vista su larga y plateada barba. Las pobladas cejas parecían buscarse en un gesto como si siempre estuviese frunciendo el ceño, lo que le daba un aspecto algo malvado y ciertamente misterioso.

Desde que había enviudado ninguna dama de la corte accedía a casarse con él, dada la fama de cruel, desconfiado y arrogante que había conseguido por muchas de sus hazañas. Su vida transcurría en aquel enorme castillo con cientos de habitaciones, cuadras, caballerizas y una torre alta en el centro, desde donde se divisaba su interminable reino. En ella se encontraba la habitación secreta del rey, a la que sólo él podía acceder y donde pasaba largas e interminables horas. Desde las murallas, la dependencia era lúgubre y tenebrosa, sólo una pequeña abertura permitía la entrada de los destellos solares.

No fue una vida plagada de éxitos la suya, sino tétrica y con escasa suerte. A los 16 años se casó con la princesa Leonor, con la que tuvo una hija. La felicidad le duró muy poco. Su esposa murió misteriosamente envenenada, y le siguió su pequeña hija que no sobrevivió a la tuberculosis.

Todos los habitantes de aquel reino llegaron a la misma conclusión: el carácter malvado del rey se derivaba de aquellas dos tragedias que conmovieron a toda la corte.

Los años posteriores transcurrieron plagados de lamentaciones y llanto. Sólo la música de su arpa y el júbilo del juglar calmaban los síntomas de aflicción y abatimiento que sentía en su interior.

Un buen día, durante el banquete de boda de su hermano Ricardo, conoció a una mujer que alegró súbitamente su corazón. Su belleza era extrema: unos intensos ojos azules, la nariz de proporciones perfectas, sensuales labios de color carmín y un precioso pelo dorado que, al ser recogido por una original diadema, le daban el aspecto de una reina. Su edad no sobrepasaba los 18 años, mientras que la del soberano se acercaba a los 39, lo que en aquella época le convertía en una persona longeva.

Pronto comprobó que su corazón quedaba atrapado en la belleza de aquella joven, a la vez que hacía esfuerzos por luchar contra un sentimiento que sería inviable.

-¡Tengo que encontrar la forma de que se fije en mí!- se repetía una y otra vez.

Sabiéndose rechazado de antemano y tras darle vueltas y más vueltas, se acordó que en un reino cercano, vivía un brujo que preparaba todo tipo de pócimas y antídotos, capaz de lograr los más difíciles deseos. Mandó a uno de los mensajeros de más confianza, con orden de traer un mágico elixir que le rejuveneciera al menos diez o quince años, para poder casarse con aquella joven.

Después de varias semanas cabalgando día y noche, el obediente súbdito se presentó ante él con la pócima envuelta en una bolsa de tela, que el rey destapó con gran ilusión, como si esperase un regalo. La aferró meticulosamente entre sus manos y la guardó en un magnífico y elegante armario de madera de roble, del que sólo él poseía la llave.

Pero, aunque ésta pócima era portentosa, tenía un gran inconveniente: no podía beberla hasta que no le manifestara su amor por ella.

Una noche, sin que nadie se enterase, ascendió sigilosamente las tortuosas escaleras que conducían a la habitación prohibida, cogió el frasco, que estaba cuidadosamente guardado en el interior del armario y partió de la fortaleza sobre su hermoso caballo negro, camino hacia su amada.

De madrugada, llegado a su destino, se detuvo ante las grandiosas puertas que daban paso al interior de un fastuoso palacio. Los centinelas que flanqueaban la entrada le condujeron, sin dilación, a los aposentos de su amada.

Una vez allí, con un nudo en la garganta, por miedo a ser rechazado, se atrevió a dirigirle entrecortadas palabras de amor, bajo la mirada tímida de Esmeralda. Cumpliendo las reglas del juego, y antes de que ella pudiese responder, se dio la vuelta y de un solo trago bebió la pócima, que por momentos iba adquiriendo un color verde azulado. De pronto un estallido de color y estrellas brillantes recorrió todo su cuerpo. Al girarse para observar a la doncella, la encontró estupefacta y maravillada con el nuevo aspecto que presentaba el rey. Sin embargo... la imagen de bello y conquistador que el rey creía haber adquirido, iba produciendo en ella sentimientos de repulsa y espanto.

Ya no hablaban, un juego de miradas lo decía todo. Ahora era el rey el que se sentía confuso y avergonzado. Por fin, fue ella la que tomó la decisión de hablarle de esta manera:

- Os admiraba por vuestro valor y sabiduría. Detrás de aquel rostro malvado, pronto descubrí, con solo miraros, un ser humano necesitado de amor y comencé a amaros sin esperanzas de ser correspondida, pero... al pretender estafarme y parecer lo que no sois, se han desvanecido todos mis deseos.

Un nuevo silencio ocupó la estancia. De nuevo Esmeralda siguió hablándole al rey con una voz desconocida:

- Vuestra imagen es como una careta que os empobrece y ridiculiza. A nadie se le ocurriría abandonar el tesoro más valioso en un lugar visible o construir una escalera labrada en los mejores mármoles que sólo conduzca a las mazmorras. Esto es lo que estáis haciendo con vuestra vida.

Abochornado y cabizbajo, el rey abandonó la estancia y a todo galope regresó a su castillo. Los días que siguieron a aquel suceso, los pasó meditando en sus aposentos aquellas palabras de su amada. Poco a poco fue descifrando y comprendió su mensaje. Descubrió que los mejores y más cuidados libros eran siempre los más antiguos, que el vino mejor es el más añejo y los mejores carneros los más cebados. Ya no le importaba ser un poco viejo, se sentía feliz tal y como era.

Poco a poco fue desapareciendo su temor y dejó de pensar en su apariencia para concentrarse con todas sus fuerzas en la manera de recuperar su elegancia y distinción. Su deseo fue tan grande y su arrepentimiento tan sincero que, sin pretenderlo, una nueva fuerza fue forjándose en su interior. A medida que se desvanecía el efecto del elixir, una transformación se producía en su interior, devolviéndole la confianza en sí mismo.

Cuando se encontró nuevamente con su amada, no hicieron falta palabras de disculpa. El amor lo había resuelto todo.

Meses después, las campanas de la iglesia voltearon, entre alegría y jolgorio, anunciando la boda.

Categoría E

LAS RAÍCES DEL CARIÑO

Natalia Cuenca Conejero

ENVOLVENTE

ERAN LAS OCHO
DE LA MAÑANA

LAS RAÍCES
DEL CARIÑO

LA METAMORFOSIS
DEL REY

VIAJE
A LA FANTASIA

LA HUELGA
DE LAS FRUTAS

EL SECRETO
DEL RATONCITO PEREZ

Si no pasas de hoy, no podrás ver el mañana, esa frase me la repetía como muchas otras la Sra. Rockbing (mi vecina), con la cual había pasado largas horas sentadas en su regazo. Mientras reflexionaba sobre esa frase, contestaba a mis mismas preguntas, ¿debía hacerlo?, ¡sí!, tenía toda la razón, creo que debía hacerlo, pero a pesar de mi gran seguridad, me perseguía una gran duda, no podía continuar así, ni podía, ni quería continuar seguir viviendo con mi familia, ¿mi familia?, esta es la pregunta que me había perseguido durante mucho tiempo, no sé, quizás, esto no era solamente uno de los muchos más matrimonios los cuales convivían juntos porque entonces estaba mal visto el divorcio, también podía ser porque mi madre no sabía más que hacer las labores de la casa y mi padre según yo creo mandar, trabajaba mucho, sí, pero no tenía derecho a mandar de esa manera y a controlarlo todo. Yo esto no lo soportaba, y me negaba en redondo a enfocar mi vida de la manera que lo habían hecho mi madre y otras muchas mujeres. Yo quería aprovechar mi vida, porque la vida es tan grande como el mundo, o quizás mas grande aún, mi desgracia seguiría agrandándose, si no estaba pendiente mas que de una carencia, una desilusión, de una añoranza, ...pensaba, "si un huerto no da lechugas, no hay que dejarlo yermo, sino sembrar otras hortalizas y encontrar con ellas una compensación". Iba a rehacer mi vida, empezar desde cero, como si nada de mi infancia y adolescencia hubiese sucedido.

Me asomé por última vez a la ventana del salón con vistas al mar, y sentada en el borde de la ventana a la vez que tenía mi cabeza apoyada en el blanco y frío marco de hierro, contemplaba aquella maravillosa vista, la cual pasaría mucho tiempo para poder volver a contemplar y al mismo tiempo que me sentía dichosa por mi magnífica contemplación llegué a la conclusión de que las ráfagas mas claras que se ven en el mar, las produce la lluvia que, al caer con fuerza, levanta un poco de espuma. Que inútil la lluvia sobre el mar, que inútil todo... de pronto me acordé de Julie, y salí apresuradamente de aquella oscura y solitaria habitación, me dirigí a la vieja, pero no por eso menos agradable casa de la Sra. Rockbing. Me senté a su lado; y mientras le cogía la mano intenté despedirme de la forma menos melancólica posible; Ella conocía cada uno de mis objetivos que yo deseaba, y el gran esfuerzo que había supuesto para mi ahorrar el dinero necesario justo para el viaje, por eso me dijo que me echaría mucho de menos, pero también me dijo que me apoyaba y me dio muchísimos ánimos para conseguir mis metas. Se volvió a su joyero y me colocó en la mano derecha una pulsera de oro engarzada con lapislázuli, a la vez que la pulsera empezó a colgar

de mi muñeca observé el portafotos de pino verde apoyado en la antigua cómoda, en el que en su interior había una foto de Julie y yo, en un parque, en esa bonita foto tenemos unas agradables y sinceras sonrisas que no volveremos a recuperar, y las cuales eran muy poco numerosas en mi infancia y adolescencia debido a mi situación familiar.

Con los ojos encristalados, me abracé fuertemente a Julie, y con la mejilla llena de besos, me deseó toda la suerte del mundo, y me lo había demostrado dándome su objeto mas valioso, la pulsera de oro. Me di la vuelta para salir por la puerta y ella me dijo que recordase todos los consejos, pero el más importante en estos momentos es este "la vida avanza tan deprisa, que no nos permite mirar hacia atrás". Esta frase y su imagen, la fui pensando durante todo el viaje, viaje en el que hoy vuelvo, después de quince años, para saber que ha pasado con Julie, ya que hace mas de cuatro meses que no recibo noticias tuyas, de pronto, volví al presente, al invitarme a bajar del avión, ya que mi viaje había finalizado, ahora, y no antes es cuando me di cuenta de la realidad, de que me tenía que enfrentar al pasado, lo que un día abandoné por supuesto, también volver a ver a mis padres, que sé por una de las últimas cartas de Julie que están en una residencia de ancianos, al pensar esto sentí miedo, nervios y ansiedad de que estos momentos sucediesen deprisa.

Fui descendiendo por las escalerillas, y me encontré con ese fulgor azulado de los aeropuertos de la alta madrugada, me di cuenta de que ese fulgor iba apagando sus bombillas, quedándose en una discretísima suspendida penumbra mágica, en estos momentos, mi memoria se disponía en dudosos andamios, en el fondo de mi espíritu ebrio de imágenes cegadoras y mi carne agotada.

Me dirigí a casa de Julie, abrí y entré apresuradamente, estuve entre nervios, miedo y esperanza de encontrarla viva, hasta que ya me encontraba en el salón, giré mi cabeza y divisé una carta al lado del portafoto de pino verde sobre la antigua cómoda que se encontraba hace quince años, le di un cariñoso beso a mi pulsera y a la foto antes de comenzar a leer, al finalizar, la plegué y la introduje en mi bolso, de nuevo volví a contemplar aquella magnífica vista y tras el vaho de la ventana, por el cual se iba perfilando paulatinamente la costa, transcurrían por mi mente cada uno de los consejos que ella me había dado, y entonces es cuando me di cuenta de donde estaban las verdaderas raíces de mi cariño y la adivinanza que durante toda mi vida me había torturado, se resolvió sin más requisitorias.



Categoría F

ERAN LAS OCHO DE LA MAÑANA

Vicenta Clemente Micó

ENVOLVENTE

ERAN LAS OCHO
DE LA MAÑANA

LAS RAÍCES
DEL CARINO

LA METAMORFOSIS
DEL REY

VIAJE
A LA FANTASIA

LA HUELGA
DE LAS FRUTAS

EL SECRETO
DEL RATONCITO PEREZ

El teléfono comenzó a sonar con un pitido chillón -aunque bien distinto al de todos los días- traspasando el ambiente oscuro y sobrecargado del ático e invadiendo los montones de trastos que se agolpaban por todos los rincones y que se acoplaban a los ladrillos rojizos de la habitación...

Pero Carmelo seguía durmiendo bajo unas sábanas empapadas después de una noche bastante angustiada a causa de la fiebre que le había producido el eterno resfriado que le atacaba todos los años por esas fechas. Finalmente la voz femenina del contestador actuó de despertador al tiempo que su amiga María le comunicaba que había ganado el concurso y en ese preciso instante Carmelo sobresaltado cogió el aparato con un desmesurado nerviosismo - para su normal actitud de pasividad ante cualquier noticia- y sin poder contener la emoción no se dio cuenta de que eran las ocho de la mañana y todavía le quedaban tres horas de sueño que completaba asiduamente...

Por un momento se encontraba radiante de alegría y de buena voluntad. Intuyó que haber ganado ese concurso le cambiaría radicalmente la vida. Era la oportunidad que esperaba desde hacía años y que hasta el momento no había aparecido o se había escondido tanto que la visibilidad había sido imposible.

En ningún momento pensó que finalmente la novela más suicida de su repertorio le ayudaría a ver la luz en un camino lleno de tinieblas.

Ese instante se le hizo eterno y de momento entró a formar parte de un nuevo mundo y se vió invadido de una cierta inestabilidad que hasta el momento no había sentido. Colgó el teléfono y un sudor frío se hizo perceptible en su frente; se encontraba demasiado "alegre" y esto le angustiaba profundamente.

Tumbado en la cama y observando las imperfecciones y goteras del techo intentó encontrar lo que otras veces era una de las obras de Kandinski o incluso forzando demasiado la imaginación podía llegar a ver las Demoiselles d'Avignon de Picasso. En realidad no era muy entendido en pintura pero si tenía alguna noción de cuando contemplaba algún que otro museo de cualquier ciudad cosmopolita.

Carmelo finalmente se levantó con una tremenda pesadumbre, contempló el aspecto que ofrecía la calle esa mañana y se arregló más rápido de lo normal ya que una de sus más importantes citas

le esperaban. Había quedado con María en una cafetería que se encontraba al otro lado de la ciudad y no quería llegar tarde. Salió del ático y apresuradamente bajó las escaleras; pero cuando se encontraba en la puerta recordó que había olvidado unos documentos muy importantes y volvió rápidamente a cogerlos; además olvidaba que el coche lo tenía en el taller y tuvo que ir andando. Llovía a mares y cuando se encontraba cruzando la calle para llegar a la cafetería resbaló en uno de los charcos y cayó al suelo bruscamente. En el momento en que se recuperó vio como un nutrido grupo de gente le miraba incesantemente. Mientras, Carmelo se levantó lentamente y tambaleándose consiguió cruzar definitivamente la calle y llegar a la cafetería que mostraba un aspecto bastante extraño; pero más confuso se sintió cuando entró y vio como había cambiado la decoración por completo y se dio cuenta de que esto le recordaba a una de las esquelas de su libro. Pensó que esa impresión se la producía la turbación por el golpe pero por más que intentaba cerrar los ojos y pensar en su aspecto anterior esta no volvía a ser tan acogedora como todos los días, convirtiéndose así en un lugar oscuro, frío, donde incluso la camarera era la que se encontraba representada en su escrito tan exactamente que le produjo un escalofrío por todo el cuerpo. Se sentó en una de las pocas mesas que componían el local con la esperanza de que llegase María y hablasen larga y tendidamente, pero esto no sucedió y al cabo de un rato miró por primera vez el reloj y observó que se había parado. Todo era demasiado extraño, no comprendía lo que estaba sucediendo porque según el argumento a continuación entrarían en la cafetería dos atracadores que buscaban algo de dinero después de un tumultuosa persecución policial y así fue como aparecieron dos hombres de mediana edad y ordenaron que todo el mundo se tumbase en el suelo. Carmelo no podía creer lo que estaba contemplando ya que todo sucedía tan rápido que nadie tenía la percepción de que el se encontraba allí, nadie parecía verle. Miró a través de la ventana y observó que la gente estaba quieta como si el mundo se hubiera parado al igual que su reloj, mientras que en el interior del local los atracadores escapaban por la puerta y desaparecían nada más traspasarla. De este modo llegó a la conclusión de que estaba viendo visiones y que pronto desaparecerían pero esto no sucedió y la escena de los atracadores se repitió incesantemente como si se tratase de un disco rayado. Algo le dijo que se encontraba preso dentro de su propia imaginación ya que todos esos hechos los había creado él y en una de las veces en que se repitió la escena de los atracadores, Carmelo con toda su voluntad traspasó la puerta al tiempo que observaba al otro lado

de la calle como un grupo de gente miraba a alguien herido tumbado en el suelo y para su sorpresa cuando se acercó vió su propio cuerpo tendido en el suelo sangrando mientras María le sostenía la cabeza y... Sonó el teléfono con un pitido chillón -aunque bien distinto del de todos los días- Carmelo se incorporó bruscamente de la cama y vió como unos sudores fríos cubrían todo su cuerpo. Había sido una pesadilla después de una noche bastante angustiada por culpa de la fiebre. Pero aún así descolgó el teléfono y observó en el reloj que eran las ocho de la mañana; se dio media vuelta y pensó que lo mejor sería dormir tres horas más...

Categoría ESPECIAL

ENVOLVENTE

Julio González Curiel

ENVOLVENTE

ERAN LAS OCHO
DE LA MAÑANA

LAS RAÍCES
DEL CARINO

LA METAMORFOSIS
DEL REY

VIAJE
A LA FANTASIA

LA HUELGA
DE LAS FRUTAS

EL SECRETO
DEL RATONCITO PÉREZ

La estancia va tomando forma. Ante mis ojos, una orquesta de sombras meticulosamente ordenadas van apareciéndose en dulces recuerdos, tan lejanos ya... Pero me embarga la nitidez de su presencia, me sobresaltó al notar la facilidad con la que acuden a mi mente... Mis pupilas se dilatan, se acostumbran mejor a la oscuridad. Y siento cómo toda una vida se enciende en mi alma, cómo un vendaval cruza el tiempo y me arranca del presente... y me traslada a mi niñez, a mi otra infancia, aquella que dicen inocente...

Estoy cansado. El viaje ha sido largo. A mí me lo ha parecido. Me dirijo instintivamente hacia el fondo de la habitación, donde todavía permanece el viejo sillón rojo aterciopelado. Sus brazos aparecen ya muy desgastados, tanto como yo, pero aun aguantan mi mano, que se deja caer, que se apoya temblorosamente, acompañando mi movimiento al sentarme. Me hundo en sus sensaciones... "Venga papá, ¿te rindes?... Un poquito más... Déjame sentarme contigo, venga..." Coletazos de mi memoria. Y oigo su risa, y siento su calor, y su fuerza, y un escalofrío me recorre el cuerpo. "Ahora verás..." Y yo era feliz.

Abro los ojos. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Me embarga la sensación de ingravidez que asciende por mi espalda, me siento flotar en un mar tranquilo y balsámico; mi cabeza reclinada apenas pesa sobre los hombros... ¿Cuánto hacía que no me sentía así? Será la vida, que cuando menos lo esperas, se muestra generosa, te regala estas sutiles recompensas, tan sencillas, tan esenciales...

Me inclino ligeramente. Me incorporo. ¡Qué bien me han venido estos instantes de descanso! ¿O cuánto ha sido...? No importa. Tengo tanto aún por explorar, por redescubrir... Las primeras sombras se han llenado de vida: la mesa rectangular, sólida de madera dura, forja en los pies, me observa sorprendida; las cuatro sillas, terciopelo rojo, se cruzan cómplices miradas, y murmuran "ha vuelto"... Avanzo unos pasos... "¿A que no me pillas, papá?". "¡Cómo que no! ¡Allá voy!" Y las sillas giran, la mesa se complace, mi madre... Dios, mi madre... ella sonrío. Paciencia infinita...

Me he detenido. No sé cómo, he llegado hasta el aparador. Mueble de finas agujas, siempre me pareció que se apoyaba de puntillas. Cajones a un lado y a otro, amplían su corpulencia. Y esas asas, "clic, clic"... Cuánto me gustaba hacerlas cantar, melodía repetitiva, que tanto embriaga a los niños... Y yo lo era, vaya si lo era. "Clic, clic"... aún suenan, agitadas por mi presencia. Me reciben

cariñosamente... ¿o has sido tú, mano traidora, que actúas por tu cuenta, que me regalas la magia eterna del recuerdo? Deslizo mi mirada hasta la superficie, cubierta de cristal, y debajo, protegidas por el añejo y malherido vidrio, ¡fotos! Pocas, cuatro... ¡no, cinco! Muestran la vida entre el blanco y el negro... Soy yo mismo, tan pequeño, tan oculto entre los faldones de mi abuela, tan puesto junto a mis primos, tan desnudito, tan alegre ante los cariñosos mimos de mi madre, tan arriba, subido sobre los amplios... no, descomunales hombros de mi padre... Aprieto los labios; suave estrépito, mis brazos han descargado su ligero peso y una mano vacilante (¿eres tú, otra vez, que cobras vida propia?) revolotea de imagen en imagen, presurosa por no perder detalle titubeante sin saber a cuál acudir... Y tras ella, mi mirada inquieta, sedienta...

Cuando por fin mi vista se levanta, descubro un estropeado rostro ante mí, pero de ojos encendidos. Es el espejo, que me devuelve parcialmente mi reflejo. Con rapidez, pero sin reproche, me aparto de mi propia figura, y observo sosegadamente los contornos de molduras y puntas de madera negra que lo encierran, formando un solo cuerpo con su inseparable compañero, el de las finas agujas, siempre (¿cómo es capaz?) de puntillas... "Papá, súbeme que me mire, a ver si ya me sale barba como a ti..." Y súbitamente, me siento transportado, el espejo se ensancha y me acoge amigablemente, y no, ni asomo de barba ni nada, como el día anterior, y el otro, y el otro... Mi cara insinúa un apesadumbrado mohín, pero entonces mi padre me estruja entre sus brazos, pega su mejilla (!cómo raspa!) a la mía, "si eres ya tan mayor, tan grande como yo". Y mi rostro se ilumina, mi cuerpo se agita y besa, el espejo se infla, las asas cantan su "clic, clic", el aparador se agita, aún más de puntillas...

-¡Papá! ¿Te encuentras bien? Ya hemos cumplido nuestra promesa: querías entrar tú el primero y lo has hecho, quedarte un rato a solas con tus recuerdos, pero ahora queremos compartirlos contigo... ¿Podemos pasar ya?-. Es la voz de mi hija, suave y dulce durante el viaje, suena ahora urgente e impaciente. Aparece su imagen en el espejo, detrás de mí, y me devuelve al presente... -¿Te gusta como lo hemos dejado todo? ¿Es así como lo recordabas? Mamá ha ayudado mucho, dijo que sería el mejor regalo que podríamos hacerte... ¡Tenías que haberte visto la cara al llegar!-. Giro lentamente, mis pies marcan un compás impreciso, en el mismo instante en el que suena un bullicio conocido, y entran a tropel mis varios nietos, me rodean, me cantan suavemente el "cumpleaños feliz" ("...y que

cumplas cientos más...”). Y tras ellos, mis otros cinco hijos, motivos de mi orgullo, aparecen envolviéndome con su presencia, envolviéndolo todo...

- Un abrazo, papá. ¿Cómo te ha ido el viaje en el coche? Seguro que sospechabas algo cuando veníais hacia aquí... ¡Pues aquí nos tienes! ¡Feliz cumpleaños!- Una congoja llena mi pecho, siento la vida retozando en su interior, siento que ha valido la pena haber vivido, que aún vale la pena...

- No, hijo, hijos míos, no... Estoy tan... Me dejo llevar, ya sabéis, vuestra hermana, vosotros... estáis siempre tan cerca. Y yo... me dejo llevar, no importa dónde, si venís conmigo... Yo...

Un abrazo. Muchos. Cierro lo ojos.

Y una lágrima enfila mi áspera mejilla. Y doy gracias a Dios por mis hijos.



Patrocina:

M.I. AYUNTAMIENTO DE CAUDETE